

Caja de soledades...



*B*uenos Aires es una caja de soledades...

Calle Maza al cuatrocientos... Almagro, en pleno corazón del barrio. Sobre la mano de los números pares. Sobre una blanca pared de ladrillos mal revocada, sobresale un graffiti, que les grita y denuncia a los porteños y a una madre. Todos están creídos, que solo es de una barata pintura roja... pero yo se que ella, lo escribió con su propia sangre roja.

Estaba tan sola en Buenos Aires, que a veces se miraba al espejo y no había nadie. Buenos Aires, estación previa del infierno, donde el tiempo, cuando pasaba rápido, era como un viento hostil que le arrebatava y destrozaba. Cuando lento, era como un tiempo idiota y caprichoso, que se había hecho pariente del infinito mismo, de ese que alguien lo dejó sin terminar.

Estaba lejos, de lo suyo. Y se sentía aun más lejos, de lo suyo. A su pueblo interior lo llevaba siempre en la memoria. Nostalgias y desencuentros que la invitaban al rencuentro, a los orígenes. Búsqueda perpetua de algún nuevo infinito, capaz de atravesar sin parar a los tiempos y lenguajes, que se le quedaron durmiendo en el ayer.

La recuerdo con su cuerpo y con su vida, por mil hojas amarillas recubierta. Cada tanto el loco viento le sacudía la memoria y se le caían muchos, muchos, muchos de esos nombres, afectos y palabras, de los cuales solo le quedaba reverberando alguno que otro eco simple, entre sus locas penas.

A veces se recostaba entre la hierba de las plazas, para mirarlo al cielo azul entre eucaliptos, álamos y paraísos. Las nubes le hablaban con murmullos suaves, del lento viaje que cada día, tenían que emprender. Cerraba sus parpados cansados, mientras le rendía el corazón a los silencios. Y a veces, entre la escarcha de los pastos lo escribía: Buenos Aires es una caja de soledades... Pero eso, tan poético y sutil, pronto se borraba, y ya nadie lo leía.

Hospital de Clínicas, internada nueve meses acompañando a Ricardo Raúl, su novio, atravesando tratamientos... y todo, para nada. Salio sola, caminando por la calle Belgrano, una avenida larga y repleta de cementos grises, llevando entre sus manos a una vela. Apagada caminaba, y era una vela tan apagada, como estaba de apagada ahora la vida de su amado.

Dichas y congojas en un claroscuro desgajado, que a su fin habían llegado. Últimos días

que le había concedido el sida de su amado, dejando a su vida hecha una pena solitaria y desvalida, a más de mil kilómetros de lo que era la tierra suya. Buenos Aires, es una caja de soledades... de soledades tan extrañas, que se acompañan entre ellas.

Y caminando llegó hasta el blanco paredón. Y se quedó mirando en plena madrugada, a la vieja casona en la vereda de enfrente. Oculta, entre las sombras de una noche sin luna y sin estrellas, el enorme caserón de la madre de Ricardo Raúl, dormía indiferente.

No se que fue primero. Si primero encendió la vela con la magia de su fuego mortecino, o si con la navaja, se abrió antes las venas de sus manos... Se que quiso dejarnos el mensaje de lo sola que se había quedado, en esos nueve meses de amor y enfermedad. Sola, absolutamente sola... Como nunca.

Se que con su propia sangre fue escribiendo, en la pared del blanco muro. Se que con la vela fue quemando a cada gota roja que salía de sus venas, haciéndolas arder hasta cremarles ese dolor de solas, que anidaba en cada una... La madre de Ricardo Raúl entendería ese mensaje, cuando lo viese a la mañana. Y Buenos Aires, mucho más... Lo habían charlado los novios, tomados de la mano y entre los últimos suspiros. Y cuando ella le cerro los ojos, él, tan solo unos segundos antes, se había quebrado y había reclamado entre lagrimas y angustias, por aquella que lo trajo al mundo y que al final, lo había dejado partir en perfecta soledad.

Tirada en el suelo, en la mañana fría, la encontraron. Inmóvil, blanca, cérea, yacía entre dos autos mal estacionados, cuando un barrendero que arrastraba historias, fue el primero en observarla. Luego siguieron otros madrugadores más, que la miraban a ella y a la frase. Parecían una sola e interminable cosa...

Mientras tanto seguía amaneciendo y Buenos Aires, seguía pariendo y rellenándose de soledades rutinarias. Ricardo Raúl, ya se había muerto para siempre. Y ahora Tomas Roberto, su amada novia, se había dejado ir, para poder estar con él. Lo hizo denunciando que una prosaica caja de cemento, se había tornado urbe, metrópoli... y que cada día, esa ciudad, estaba más y más envenenada en soledades.

Buenos Aires es una caja de soledades...

Fin